

ACERCA DEL PRESENTE

El tiempo humano tiene las tres dimensiones de pasado, presente y futuro. Nos ocuparemos de las tres a lo largo de este libro, pero lo abriremos hablando de la primera de ellas. Del carácter de *este presente* que no es de ninguna manera el único posible y menos aún deseable; *este presente* es el tiempo de la gran victoria sobre el varón, la era de la implantación del feminismo en la sociedad y las conciencias.

El tiempo de la gran histeria de género que va de la mano, en provisional alianza táctica y sólo cuando le conviene al supremacismo hembrista, con la gran estupidez igualitaria. Sin duda, cada época tiene sus histerias de masas y sus estupideces favoritas, que le dan el tono; pero las de hoy son especialmente destructivas, síntomas como son de una profunda enfermedad social, cultural y espiritual.

El presente de la gran hipocresía y la gran esquizofrenia, una u otra según el nivel de conciencia alcanzado; más precisamente, según la capacidad de mantener posiciones incompatibles ente ellas dentro de la propia mente, o viceversa de no poder hacerlo. La gran hipocresía para quien es capaz de percibir las categorías de falsedad, de divergencia entre lo afirmado y la realidad, afirmando sus posiciones en purísima mala fe. La gran esquizofrenia para quien es capaz de sostener de manera simultánea dos cosas contradictorias en la propia mente, como en el *doblepensar* de la novela *1984* de Orwell.

Para el varón es el presente de la gran destrucción de la masculinidad, la agresión a su experiencia íntima, su sistema de valores y su mundo de significados; cuando los enemigos de la masculinidad pretenden dictar valor y contenido a la experiencia masculina.

Es el tiempo en el cual toda palabra suya es falsificada y usada contra él, en una especie de guerra convergente en varios frentes, no siempre llevada a cabo en mala fe. En mala fe, como hemos apuntado antes, por quien conserva al menos un asidero en el mundo de la lógica. En buena fe y casi diríamos inocentemente, por una gran porción del universo femenino que simplemente se limita a afirmar una pulsión vital. Una pulsión que, rotas todas las ataduras, destruidos los principios que le daban una orientación y la convertían en una fuerza constructiva, se transfigura en una destrucción de la masculinidad y una guerra contra el varón; emersión de un impulso descontrolado incapaz no sólo de construir, sino también de percibir su propio carácter destructivo.

¿Están así las cosas realmente? ¿Cómo se justifican las afirmaciones anteriores, muy generales y realizadas por así decir a vista de águila, desde gran altitud? Un crítico podría incluso decir a vista de buitres o de pajaraco.

Descendamos entonces un poco, para ver algo más de cerca las cosas, distinguir algo mejor los temas principales y los contornos de esta gran tiranía feminista. No será un vuelo a ras de tierra que permita examinar el detalle de las cosas, inevitablemente perdiendo la visión del conjunto; simplemente un breve repaso que será suficiente para trazar las líneas esenciales de un territorio que exploraremos en el resto de este libro.

Vivimos en un contexto de quejas continuas contra el “machismo” y de lamentos por la “discriminación” contra la mujer, pero nos encontramos con que la realidad es diametralmente opuesta: un régimen de privilegios para la mujer en continua expansión bajo palabras de “falsa bandera” como *igualdad, paridad, perspectiva de género*. Se favorece a la mujer por todas partes, en cada ocasión y con el mínimo pretexto: aberrantes e injustas cuotas para mujeres, obsesión histórica por la igualdad de género cuando favorece a las féminas, ventajas fiscales, políticas de preferencia y ayudas con *perspectiva de género* (una de las más tóxicas y sucias expresiones del vocabulario actual) para aumentar la presencia femenina.

Lo anterior revela lo lejos que el feminismo ha llegado en su lavado de cerebro; en efecto, en este contexto de crecientes, inauditos privilegios para la mujer, lo que perciben los cerebros machacados por la propaganda feminista es que vivimos en una sociedad hecha a medida para los hombres, que se discrimina a la mujer en cuanto tal. No importa la realidad y no importa la lógica, que hace mucho ha sido desterrada y abolida: prevalece el discurso del victimismo interesado a ultranza, la cháchara vacía sobre la “discriminación” y el “machismo”.

En cambio, la discriminación contra el varón en la ley y la justicia es *real y escandalosa*. En el derecho de familia los instrumentos creados en el pasado para proteger a la mujer, estableciendo un equilibrio de derechos y deberes con el varón, han sido pervertidos para utilizarlos contra el hombre en un régimen constante de abusos, transformando el matrimonio en una institución tóxica e inicua para ellos.

Lo mismo sucede con la legislación sobre agresiones sexuales, molestias y acoso sexual. Desaparecen los confines entre lo lícito y lo ilícito, dejándose esos confines a la sensación subjetiva y el arbitrio de la mujer. Se criminaliza la iniciativa y la misma sexualidad masculina, dejando al hombre cada vez más desprotegido jurídicamente. Se da a la palabra de la mujer un valor superior o incluso absoluto, suficiente para condenar a un hombre y mandarle a la cárcel, con independencia de cualquier otro elemento de prueba.

En efecto es en el campo legislativo nos ha regalado algunos de sus frutos más envenenados. Ha ido naciendo durante los últimos decenios, como instrumento de la guerra de género, una aberrante legislación persecutoria cada vez más dura y a la cual no se ve un límite; salvo el de ponernos a todos los hombres un brazalete electrónico, para controlarnos como potenciales delincuentes y meternos en la cárcel a la mínima ocasión. Probablemente sea éste un objetivo a largo plazo y el sueño húmedo de muchas.

Tras largos años de campaña subterránea, infiltración, activismo en el campo moral y cultural, guerra en el mundo de las ideas (el único que de verdad cuenta a largo plazo), *alguien* ha conseguido imponer su voluntad y su agenda; precisar quiénes son estos “alguien” y si se puede deslindar de las mujeres en general, cómo hacerlo si es el caso, es una cuestión que aparecerá aquí y allá a lo largo de estas *Crónicas*. Pero de momento éste ha sido el resultado hasta ahora del ingreso masivo de la mujer en el poder, combinado con la pérdida de carácter y virilidad interior en el varón: introducir una nueva jurisprudencia, con la correspondiente práctica judicial,

que apunta al claro objetivo de hacer del género masculino una clase de parias, sin derechos y a la merced de la mujer.

En el ámbito reproductivo el desequilibrio entre derechos y deberes es particularmente escandaloso y sangrante. Aquí el hombre no tiene ningún derecho y sólo obligaciones; la mujer tiene sólo derechos y ninguna obligación.

Este condicionamiento mental para que aparezca justo lo que es tan evidentemente inicuo, este poner los pies encima del varón continuamente, no sería posible sin la colaboración activa de éste; sin haberle secuestrado la mente, la conciencia y la ética. No sería posible sin haber preparado el terreno con una guerra psicológica contra el varón de la cual hay que reconocer la sutileza. Una campaña a gran escala insidiosa, manipuladora y venenosa; auténtica operación de acoso y derribo contra la masculinidad, para desarmar psicológicamente al varón, destruir su capacidad de resistencia contra la prevaricación feminista, en una palabra vaciarle por dentro. Esta campaña se articula en varios frentes y vale la pena repasar brevemente los principales.

En primer lugar la inducción de un complejo de culpa en el varón por ser tal, en un proceso de culpabilización del entero género masculino. Algo que no nunca será admitido abiertamente; las feministas, angelicalmente, no van a decir a un varón que es culpable de un pecado original por haber nacido varón; no van a responsabilizarle directamente y con palabras claras del mal, real o exagerado o inventado, sufrido por el género femenino. Es fácil comprender por qué: si lo dijese con palabras claras el juego sería demasiado descubierto, su deshonestidad demasiado transparente a los ojos de todos; incluso de ellas mismas cuyo *doblepensar* tiene sus límites a pesar de las apariencias.

Sin embargo todo el discurso feminista, toda su deformada y tendenciosa lectura de la historia, la cultura y la realidad humana, tiene exactamente este objetivo: generar en el varón el sentimiento del pecado original por haber nacido con pene. Mejor aún si este sentimiento es en parte o en todo inconsciente: de este modo el hombre no puede defenderse de la culpabilidad impuesta pues no la reconoce de manera consciente, racional; cuando a pesar de todo reacciona, esta misma falta de elaboración le lleva a hacerlo de manera descompuesta, inadecuada, incluso violenta; lo que naturalmente sirve sólo para llevar agua al molino feminista. Por su parte la mujer feminista puede, en perfecta inocencia, ignorar su responsabilidad en esta culpabilización de género e incluso, llegado el caso, negarla con virtuosa indignación.

Pero en cualquier caso la mala planta del sentimiento de culpa, la semilla podrida del pecado original de ser varón, ya está dentro de él y puede esparcir su veneno dentro de su mente: debilitando sus defensas, anulando su capacidad de resistir, destruyendo el sentimiento de su valor. Parte importante en esta operación es la destrucción de la figura del padre, el vaciado y la denigración de la paternidad; en realidad éste fue uno de los primeros frentes que abrieron brecha para los demás.

Otro aspecto es el afán por invadir todos los espacios; detrás de esta voluntad no es difícil adivinar, más que un interés genuino por participar en esas actividades, una

intolerancia y feroz hostilidad hacia los espacios masculinos. ¿Cuál es el sentido de esto? acabar con la camaradería masculina, porque ésta ha sido siempre fundamental para la formación de la identidad viril y se quiere al varón, en cambio, débil, sin carácter y sin una identidad fuerte.

Como comentaremos más adelante, en el capítulo dedicado al pasado, la larga mano del feminismo se extiende también en esa dirección. Se deforma el pasado histórico para presentar la historia humana bajo la lente deformante, auténtica monomanía, de una interminable explotación de la mujer por parte del varón. Principalmente esto sirve para presentar a los hombres los plazos de una deuda eterna que nunca será pagada; a nadie se le escapará la profunda relación entre esto y la culpabilidad inducida de que hablamos antes. Como efecto secundario, solidario con los efectos de la corrección política en general, se va haciendo tabla rasa de lo bueno que nos ha legado el pasado; se va llevando a cabo una gran destrucción cultural, dejando el campo libre a esa basura de ínfimo nivel que el nuevo orden necesita para deconstruir las mentes y dominar.

El campo de la educación es uno de los principales, naturalmente. Además de una propaganda ideológica general, se pone especial atención en machacar específicamente al varón ya desde la escuela; se le enseña a sentirse inferior, maltratador real o potencia, se le presiona e intimida usando la autoridad de los profesores y del sistema educativo; en una miserable traición a su verdadera misión, el sistema educativo se pervierte: de instrumento de crecimiento y formación, a instrumento de mutilación interior y castración psicológica.

Este clima que comienza en la escuela evidentemente no termina allí, pues no es sino el reflejo de un clima general de intimidación, contra quienes se oponen al feminismo y sus abusos. La escasez de voces contrarias, el nivel de unanimidad en seguir la corriente, indica el poder de la secta y la misma fuerza arrolladora de esta corriente. En los lugares de trabajo, en los puteríos de los *mass media* y en los estercoleros de la política vale el conocido principio: el que se mueva no sale en la foto. Y en verdad, basta con moverse solamente un poco, para incurrir en las iras de esta jauría furiosa con perspectiva de género.

La destrucción de la identidad masculina es algo que no tiene contrapartida inversa en el pasado. Este punto es importante. Incluso aceptando la grotesca, zafia narración feminista de la historia humana, la “dominación del hombre” nunca ha intentado acabar con la femineidad de la mujer, sino todo lo contrario, potenciarla; de maneras que hoy pueden o no gustar o parecer válidas a algunos, que están superadas históricamente; todo lo que se quiera. Pero jamás del presunto malo de la película, el *patriarcado*, ha intentado acabar o comprimir o mutilar la femineidad, nunca ha intentado impedirle a la mujer ser mujer.

Hoy en cambio el feminismo quiere acabar con la masculinidad; la estúpida igualdad de género es sólo un pretexto; lo que de verdad quiere es impedirle al hombre ser hombre, porque sólo así puede triunfar. Basta esto para traicionar su naturaleza podrida y su carácter de *enfermedad* de la civilización, por cierto perfectamente capaz de destruirla. El feminismo no es un resfriado, es un cáncer.

Haciendo un pequeño paréntesis, no se puede dejar de mencionar una tendencia dentro de la tendencia: que este odio contra el varón está en gran medida, curiosamente, limitado al varón blanco, creador de la civilización actual; en cambio con los de otras procedencias hay una notable tolerancia, por no decir simpatía en varios grados o como queramos llamarlo. Aquí vemos una especie de interferencia entre los temas del feminismo, el racismo antiblanco y el odio patológico hacia lo propio; pero como desborda el objeto de esta obra, nos limitaremos a dejarlo apuntado.

Naturalmente, el feminismo no se presenta por lo que es realmente porque esto le perjudicaría tácticamente. Parte fundamental de su estrategia y un pilar de su propaganda es definirse como un movimiento por la igualdad de hombres y mujeres, que busca una justicia negada por esa verdadera o presunta desigualdad que denuncia.

Sin aceptar en ningún caso que la igualdad sea un valor positivo, siendo el valor positivo el de la *equidad* que es algo muy diferente, la realidad del feminismo es otra y casi diametralmente opuesta, tratándose de supremacismo hembra y persecución contra el varón. Este es su rostro verdadero y no la propaganda que nos lo presenta con otros colores; ese ropaje que usa para disfrazarse es simplemente una parte más del instrumental de control psicológico sobre el varón, utilizando técnicas de chantaje moral y emocional para intentar imponernos que seamos feministas a la fuerza.

Por hacer una comparación histórica, el feminismo real está al feminismo de la propaganda como el comunismo real (que encerraba a sus ciudadanos con alambradas para que no escaparan) estaba a la fábula de una sociedad feliz y paraíso de los trabajadores.

Este punto y esta analogía son importantes, pues estoy hablando de feminismo como es en realidad y no como aparece en el diccionario. En efecto, reconocemos sin duda a los académicos de la Lengua su oposición contra las agresiones al lenguaje perpetradas por las feministas; apreciamos la resistencia heroica de estos eruditos contra el analfabetismo militante y la ignorancia proactiva de las primeras. Pero no deja de ser cierto que, puesto que vivimos en un régimen feminista, la literatura y los diccionarios reflejan inevitablemente la ideología oficial. Así, el hecho que el diccionario defina el feminismo como un movimiento que defiende la igualdad y la justicia no significa nada en absoluto. Si consultáramos los diccionarios de cualquier país totalitario presente o pasado, probablemente todos ellos definan su forma de gobierno como un sistema donde todos son libres y felices, están bien alimentados y aman a su líder.

Para valorar el nivel de presión social y paulatina imposición de un pensamiento único, basta notar que ya el solo hecho de oponerse al feminismo, denunciarlo, significa exponerse a todo tipo de incomprendimientos. Se da por sentado que un hombre de hoy debe ser favorable al feminismo, como a menudo se oye afirmar impudicamente a varias tipologías de necios y bien adoctrinadas fanáticas. Se espera del varón que acepte en general la visión del mundo feminista y para un político o una personalidad pública, agachar la cabeza frente al feminismo se ha convertido en

algo prácticamente obligatorio; cualquier posición crítica, aun moderada, le atrae la ira funesta de la jauría. La acusación de “machismo” está siempre lista para ser lanzada como un arma arrojadiza, contra cualquier varón, para cerrarle la boca como hereje y obligarle a un acto de contrición. Con toda la serie de acusaciones implícitas ligadas a la palabra “machismo” que se supone implica primitivismo, brutalidad, violencia. Como tantas otras, han convertido ese vocablo en una palabra policía, haciéndole perder cualquier significado real, para sustituir el pensamiento por reflejos condicionados mentales.

La simple verdad es que, hoy en día, es “machista” quien dice cualquier cosa que no sea del agrado de la mujer. Cualquier boba con dos neuronas mal conectadas puede hacer fácilmente callar a un hombre llamándole “machista” independientemente de todo lo demás, de las razones en juego, de la lógica y de la realidad. La realidad no existe, existe sólo el dogma feminista según el cual el arbitrio de la mujer es ley.

Esta situación, ciertamente, no es tan monolítica como hace unos años; en nuestro país y en Occidente en general hay corrientes de opinión e incluso alguna fuerza política que habla abiertamente contra la sinrazón y el abuso que se ha ido construyendo. Nuestra valoración es totalmente positiva naturalmente; pero la conciencia de las cosas tiene aún que hacer mella de verdad, en Occidente en general y en particular, en la durísima mollera del español medio o mediocre.

Que esta situación lamentable sea aceptada por los varones, sin apenas rechistar, da la medida del brutal y sistemático lavado de cerebro a que hemos sido sometidos durante décadas, y que ha experimentado una dramática aceleración en los últimos años. La *palabra de mentira* feminista ha vuelto del revés la realidad, ha logrado presentar como justicia y verdad lo que no es más que una guerra de clase contra el varón y un discurso falsificador, grotescamente maniqueo, sobre la sociedad y la historia: la Gran Narración Feminista¹.

No sólo el varón es atacado por el feminismo. También el blanco predilecto de la bilis la mujer tradicional, que se quiere dedicar a la familia y la maternidad. El feminismo no quiere dar a la mujer esta posibilidad ni respetar su elección si decide en tal sentido; demasiadas mujeres elegirían esta opción como explícitamente algunas han llegado a reconocer en algún raro momento de sinceridad.

El feminismo es por tanto liberticida, totalitario y tiránico.

Y además perjudicial tanto para el varón como para la mujer, por más de un motivo. Su efecto inmediato es el de envenenar y destruir las relaciones entre los sexos, pero esto es sólo el principio. La discriminación positiva hembrista tiene el efecto secundario de poner en entredicho el valor y la competencia a las mujeres realmente capaces, porque las hace indistinguibles de las inútiles privilegiadas. Cualquiera que no sea un imbécil completo se pregunta inevitablemente, ante una mujer que ha llegado a cierto nivel, si está ahí porque lo merece o sólo porque es mujer. A esto hay que añadir que el feminismo sofoca no sólo la masculinidad, sino también la feminidad; seguramente el componente dominante del último feminismo tiene este carácter. Obliga a muchas mujeres, que serían personas decentes si se les permitiera ser hembras, a ponerse el traje de feminista para hacer la guerra de género. Esta

hostilidad contra la masculinidad y la feminidad es una expresión de odio contra la vida en general, puesto que ambos aspectos son manifestaciones de vida y salud.

Su carácter solamente destructivo y jamás constructivo se revela en que el feminismo, en el fondo, no sabe lo que quiere más allá de perseguir a los hombres. Falta la propuesta auténtica de una verdadera identidad femenina, pues lo que propone son sólo modelos degenerados para la mujer. Su propia miseria y

1 Della Vecchia, Rino (2005: 27)

su fracaso existencial termina por resolverse, siempre, en un regreso rabioso a su íntima razón de ser y su raíz, que es el odio contra el varón.

En línea con lo anterior tenemos la práctica de una continua propaganda de vilipendio contra el hombre y contra los valores masculinos en general. Siendo la destrucción de la identidad masculina el nivel profundo al que trabaja el feminismo, es casi inevitable que uno de los pilares maestros en la campaña contra el hombre esté en la demolición de la figura paterna y de su significado, pues intuyen perfectamente su papel central en la formación del varón. El ideal de padre moderno, así como en general el tipo de hombre de la *nueva masculinidad* que con infinita arrogancia pretenden crear las feministas, no es más que un fantoche ridículo y penoso, un patético apéndice de la madre, un "mammo" y un mamón que pasa de depender de su mamá a depender de su esposa sin ser nunca un hombre.

Todo lo perteneciente a la esfera masculina se denigra abierta o implícitamente, se le quita valor y significado, se ridiculiza y se presenta bajo una luz negativa. En paralelo se ensalza la figura femenina, se sitúa en el centro del discurso y de los valores sociales, se pretende imponer la idea de la superioridad natural de la mujer.

Para ello no se tiene escrúpulo alguno en fabricar estudios de pseudociencia pilotados, en interpretar tendenciosamente resultados auténticos, en volver del revés el mundo real utilizando la capacidad de falsificación y engaño, prácticamente infinita, de los medios de comunicación. Se difunden seudoverdades simplistas, se presenta una visión distorsionada y sesgada de las cosas, en algunas ocasiones seleccionando cuidadosamente hechos verdaderos y en otras mintiendo directamente.

Uno de los temas estrella, el principal en la campaña de culpabilización del varón, es naturalmente la emergencia inventada de la *violencia de género*. A este tema se le dedica una propaganda machacona y continua, vomitiva más allá de lo que pueden expresar las palabras y totalmente basada sobre la manipulación de la verdad, para fabricar una emergencia social. Se presenta como la prioridad número uno, como lacra a erradicar urgentemente y con cualquier medio, la violencia de los hombres contra sus compañeras que es sólo un fenómeno menor en el contexto de la violencia humana; además, la violencia en las familias y las parejas, en sus varias formas, no se ejerce ni mucho menos en dirección única, como pretende la mafia del engaño subvencionado que vive de perseguir al varón.

Llegados a este punto hay que mencionar el doble aspecto que tiene el feminismo. Por un lado su núcleo duro de féminas fracasadas, anti-femeninas y anormales, infumables sexualmente y en cualquier otro sentido. Por otro lado tenemos también la actitud de las mujeres normales y la voluntad de dominio de la fémina en general; una voluntad que ya no encuentra ningún contrapeso y no es frenada por nada, a diferencia de la voluntad de dominio por parte del varón. El que tantos hombres apoyen este régimen por acción o por omisión, su aquiescencia, pasividad y falta de reacción, es algo que deja perplejos y una cuestión en sí misma. Como mínimo y sin perjuicio de descalificaciones ulteriores, indica que el hombre occidental se ha convertido en un imbécil domesticado y un completo castrado mental. Hasta qué punto, a la larga, esto redunde en beneficio de las mujeres normales y no sólo de las fracasadas y taradas que forman el núcleo duro del feminismo, es otra cuestión. En efecto, los mismos hijos de las mujeres que apoyan el feminismo serán tratados como basura y considerados como ciudadanos de segunda clase.

Por otra parte, cada vez más, cualquier hombre con un mínimo de inteligencia y de carácter evitará el compromiso y la trampa del matrimonio; rehuirá como la peste a esos seres insoportables educados en el odio al varón, en la búsqueda cada vez más difícil de una mujer normal como compañera. A las propias mujeres, a sus hijas, no les va a quedar más elección que los imbéciles, el fondo del barril, los pobres diablos a los que no les llega el cerebro para más y no comprenden cómo están las cosas.

Concluyendo este pequeño apunte sobre el presente que dará paso a excursiones más detalladas sobre estos temas, el feminismo no busca justicia de ningún tipo sino muy al contrario pisotear, humillar al hombre y vejearlo de todas las maneras posibles. Con sus Ministerios del Privilegio Femenino, con sus discriminaciones positivas, con sus ministras semianalfabetas y más brutas que el cemento, todo ello converge hacia la verdadera aspiración y agenda feminista: la guerra de clase contra el género masculino.

Y como en toda guerra, hay colaboracionistas y útiles idiotas. En este caso son los hombres feministas que aplauden y sonrían mientras les tiran estiércol y les escupen en la cara. No siento el menor respeto ni comprensión hacia ellos: cada uno se merece la vida que lleva y la vida que conducen es su castigo, aunque muchos sean demasiado limitados como para comprenderlo...